



EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.

Literatura.

MOVIMIENTO DRAMÁTICO

(ARTÍCULO 3.º) (1)

Hallábase entonces la nación española en esa situación, tan rara en la vida de los grandes pueblos, en que la esperanza cicatriza y ablanda las llagas sociales para presentar prosperidades y grandeza en el espejo de un porvenir dichoso: el casamiento del rey, la amnistía, la muerte del soberano, la promulgación del Estatuto Real eran acontecimientos de alta importancia, que alteraban de extraño modo el estado del país. Una nueva era empezaba para España: las miradas de una juventud entusiasta y animosa se volvían hacia la augusta reina á quien estaba encomendado el gobierno de la monarquía. Las artes se levantaban del abatimiento en que tanto las estúpidas revoluciones como el sanginario despotismo de Calomarde las sumieran: á la sombra del manto rejio se

creó un conservatorio de música; para aplaudir agradecidas la beneficencia real se alzaron de su largo desmayo las musas españolas. Los intereses del bando apostólico llevaron su negra bandera á las montañas de Navarra; pero la nación saludaba entonces á su jóven soberana con arrebatos de alegría. Y era natural que así sucediese: jóven, hermosa, con un corazón abierto á todas las nobles impresiones, y entusiasta de las artes, la reina Cristina habia empezado su benéfica administración, abriendo las puertas de su patria á los que gemían proscritos en tierras extranjeras. Bastaban estas cualidades para escitar la gratitud y promover el entusiasmo de todos los hombres que abrigaban generosos sentimientos. La poesía ahogada casi durante la administración anterior recobró vida nueva con la nueva época que empezaba para el país. El teatro sintió también su influencia, aunque mas indirectamente como era de esperar porque los sistemas dramáticos no se improvisan. En los tiempos de la reacción contra las ideas liberales cerróse la puerta á las producciones literarias del extranjero; y la revolución francesa de 1830 hizo al

(1) Véase los números anteriores.

gobierno redoblar de precauciones para que los inficionados libros no propagasen su contagio en el territorio español. En estos años pues, nada supo el público del movimiento dramático de Francia, y por tanto siguieron las antiguas imitaciones ó las notables aunque escasas comedias de que hemos hablado dominando exclusivamente en la escena. Pero, cuando levantada la barrera que nos aislaba de nuestros vecinos, pudimos advertir con asombro su desarrollo intelectual, aceptamos en nuestra ignorancia sus verdades y sus errores; admitimos sin exámen sus sistemas; y maravillados con el confuso espectáculo de los monstruosos dramas que inundaban el teatro francés, les consagramos una admiración insensata, y en imitaciones y en traducciones transplantamos á nuestra escena sus exagerados argumentos, sus estravagantes formas.

El romanticismo en el teatro fué entonces la creencia de la nueva escuela literaria: no se invocaba por los traductores y poetas esa libertad racional que no permite esclavizar el pensamiento en cualquiera circunstancia bajo el yugo de los preceptos de Aristóteles; se apelaba á otras reglas dramáticas mas estériles y sobre todo mas absurdas. Afectábase desprecio hácia los autores clásicos: tolerábase á Calderón sin estudiarlo ni entenderlo: arrinconábase á Cienfuegos; ridiculizábase á Moratin. La manía francesa se calmó, como se calman todas las manías; pero

el gusto impuro que introdujo quedó siempre dominando en el teatro. Vestíanse las mas groseras imitaciones de los melodramas extranjeros con nombres españoles y los dramaturgos pretendían así pasar por originales. Con poner en vez del duque de Guisa ó de Margarita de Borgoña títulos de magnates de Castilla ó de Aragon, y en lugar de los castillos de Provenza ó Normandia los lugares fuertes de las cercanías de Toledo ó Barcelona, creíase engañar el instinto del público y conquistar una reputación brillante y duradera. Pero el pueblo nunca se apasiona por esas pueriles disputas sobre cuestiones de artes, ni comprende las mezquinas reacciones de los partidos literarios. Todo ese frenesí de aplausos que tan retumbante suena alguna noche para celebrar un drama que se olvida al día siguiente, todos esos encomios de algun poeta que pretende regenerar con imitaciones el teatro nacional, todos esos motines de lunetas y patio que parecen demostrar á los profanos un gran interés por las novedades que se introducen, nada tienen que ver con el paciente público, porque son únicamente pasiones arregladas de antemano, negocios de pandilla que los iniciados debaten sin otros fines que los fines del momento. El pueblo asiste indiferente á todos los experimentos que hacen los apóstoles de la literatura: las cuestiones de artes no le competen: sin apasionarse nunca por el ídolo que elevan las medianías, sus-

pende su sentencia hasta comprender el asunto. Y no quiere decir esto que nada le conmueva, no: dése al teatro una pieza dramática que esté hecha para él, en que sus pasiones y sus costumbres, sus hábitos y sus creencias estén representadas, en que haya pasiones verdaderas, no pasiones ridículas de convención, en que tanto el fondo como la forma expresen algo á su viva fantasía, y se le verá entonces animado, como en los tiempos de Calderon y de Lope, inundar los teatros y conmover la literatura con sus fallos inapelables. Ahora, se ha verificado en la escena la transformación de la sociedad. Se han vertido sin cuento gérmenes de anarquía que han embotado el paladar del público, el cual, sino gusta de las absurdas imitaciones de los dramaturgos franceses, tampoco puede comprender ya las magníficas comedias de su magnífico teatro.

¿Cual es la suerte actual de los dramas románticos? Todavía tienen un lugar distinguido en nuestra escena, pero no son ya, como fueron, los ídolos de la nueva opinion. La reaccion se manifiesta mas fuerte cada vez, aun en medio de la decadencia y la anarquía. Todas las páginas de la historia de España han sido falsificadas, esplotadas miserablemente para sacar argumentos y satisfacer el ansia de la novedad: se ha creado un feudalismo á la francesa para que sirva de campo á los estravagantes dramas:

hemos visto trovadores y pages y donceles moribundos á los pies de las enamoradas señoras: hemos visto á las damas, reinas del torneo, repartir coronas y premios en las llanuras de Castilla, como la bella sajona de Ivanhoe entre los paladines ingleses: hemos subido por arruinadas escaleras á las almenas de los oscuros torreones; enanos y hechiceras y hufones y tiranos nos han asustado alternativamente con crímenes y presagios: hemos violado el asilo de los conventos y sorprendido corazones adúlteros y lascivos bajo el velo inocente de las esposas del Señor: los secretos del confesonario nos han sido revelados en la escena, y las iglesias han sido profanadas á nuestra vista por las pasiones del hombre. El amor platónico y puro, el amor adúltero, el amor incestuoso se han desnudado de importunos cendales para enseñarnos sus verdaderas formas: en nuestros oídos han sonado sus frenéticos acentos y el suicidio ha acabado la tenebrosa trama. Venganzas y violencias, asesinatos, puñales y veneno todo se ha prodigado para producir lo que se llama el color local y el interés de las intrigas.—¿Y en qué consiste que despues de apurar tantos recursos, el público se fastidia, y no presta ya su atencion á la moderna escuela? ¿En qué consiste que á pesar de tantas trasformaciones como ha hecho para rejuvenecerse y renovarse, el drama romántico se halla

exánime y pronto á desaparecer de Europa? ¿En qué consiste el abandono mas pronunciado cada vez en que se halla entre nosotros, al paso que en la vecina Francia aplaude entusiasmado el público é improvisa ovaciones á una actriz niña, solo porque declama con sencillas maneras y natural acento los clásicos versos de Racine y de Corneille? La razon está al alcance de cualquiera: el gusto dramático moderno ha sido producto de una reaccion justa en su origen pero impotente en sus recursos: la reaccion ha calmado ya, y hasta los mas fanáticos combatientes han visto despues de la victoria caer de sus ojos las vendas de las preocupaciones: serenos despues del triunfo, han podido juzgar sin pasion las obras de los unos y las creaciones de los otros. Esos dramas que, en el calor de la lucha, parecían buenos únicamente porque chocaban con las unidades y violaban los preceptos de Aristóteles, han sido analizados luego con sangre fria y desechados por la razon. Los tiempos de batalla han pasado: ya es ridículo distinguir en dos sectas á los clásicos y á los románticos: ha habido entre todos los hombres sensatos un concilio literario aconsejado por el buen sentido, en que se han transijido los opuestos intereses, donde al paso que se ha reformado la severidad de la antigua disciplina se han condenado como heréticos los montruosos artificios de los exagerados y ya desatendidos

dramas. El tiempo y el juicio público han verificado paulatinamente esta fusion. Algunos disidentes han conservado en ambos campos el puritanismo de sus doctrinas; pero la masa general piensa de otra manera que pensaba: otras cualidades pide al arte dramático, otras condiciones á la literatura.

El teatro español es una arena en que hay palmas para todos: decaído de su antiguo brillo, substituido por las imitaciones y copias de groseros originales, necesita ahora mas que nunca ingenios altos y fecundos para purificar la escena. El drama nacional, ese drama que alcanzó los tiempos de su apogéo á principios del siglo XVII es la forma mas pura del caracter español. Todo cabe en sus anchas proporciones: sobra la libertad en sus movimientos y la originalidad en sus formas: tal como era sin embargo no puede resucitar: ciertos caracteres han desaparecido, cierta afectacion en el language ha pasado para siempre. Pero hay un porvenir seguro para los hábiles escritores que, al labrar su fecundísimo terreno, sepan arrancar los árboles secos que impiden el desarrollo de los magníficos retoños, de esas plantas inmortales que tienen flores y sombra para todas las generaciones de la humanidad. Libertar al drama antiguo de todo cuanto es incompatible con nuestras nuevas costumbres, es la gran obra que puede regenerar el teatro, enlazando los vástagos del porvenir

con los troncos y las tradiciones de los pasados tiempos. Modifíquese su forma cuanto se quiera: tráiganse nuevos argumentos, nuevos asuntos; pero consérvase al menos el bellissimo lenguaje, el maravilloso estilo que son los verdaderos caracteres del habla castellana. En vez del rico idioma de las piezas antiguas, ha sido el idioma comun de nuestro moderno teatro una mezcla de palabras bárbaras y de arcaísmos repugnantes: la monótona fraseología francesa ha sustituido á los giros elevados de los poetas españoles: la pomposa lengua de Cervantes y de Calderon ha ido á mendigar modismos mas allá del Pirinéo. El habla castellana puede servir á todo el mundo porque ha servido para todos: sagrada y mística con Fr. Luis de Leon, rica y grave con Herrera, profunda y severa con Rioja, filosófica y pura con Calderon de la Barca, burlona y risueña con Quevedo, culterana y altisonante con Góngora, protéo universal con Lope de Vega, siempre se ha prestado con incalculable docilidad al capricho ó á la imaginacion de los escritores: para todos tiene tesoros en su fecundo seno, y todos los que se tomen el trabajo de buscarlos recogerán copiosa cosecha de riquísimos frutos. ¿Quién puede decir que semejante lengua no le basta para expresar sus ideas?

Y en vano se afirma que el estilo dramático del siglo XVII es demasiado pomposo y metafísico: en

vano se le echa en cara la repetitiva acusacion de culteranismo gongórico: esta falta es hasta cierto punto verdadera en la turba de medianías que siguieron las brillantes huellas de los grandes poetas; pero es de todo punto falsa en Lope y en Moreto, en Rojas y en Calderon. Su estilo tiene sin duda grandes lunares en el gusto conceptuoso y silogístico de la época que alcanzaron; pero ni son la regla comun de su poesía, ni ofenden el buen gusto tanto como se ha querido ponderar. El estilo dramático antiguo es un gran modelo que necesita estudio y meditacion suma. Muy cómodo es criticarlo para ahorrarse el trabajo de la comparacion; muy dulce es la libertad de la lengua para el que sacude las trabas de la gramática y de la prosodia. Todas las imaginaciones estériles critican, como grave defecto, la riqueza pomposa de Calderon: en vez de su animado, aunque alguna vez oscuro estilo, nos presentan una fraseologia insignificante, pero inteligible para cualquiera, porque está llena de miseria y de trivialidad. Así, esa lengua magnífica que ha servido de brillante órgano á todas las pasiones, á todos los sentimientos, á todas las ideas que han contenido los antiguos dramas no puede servir ya á la presuncion moderna: así la introduccion de los giros franceses ha enriquecido el estilo dramático; así fácil es comprenderlo, se han expresado miserables pensamientos en mi-

serable lenguaje.

Mas por fortuna la estravagante moda se acabó, y todos los hombres que tienen en algo la gloria literaria de su pais anhelan restaurar la lengua de sus padres: la manía de las imitaciones vá pasando lentamente, y al volver los ojos á nuestro teatro antiguo descubrimos con asombro tesoros ocultos, minas abundantísimas que el talento puede esplotar: comprendemos ya que no es irrevocable el divorcio entre las formas dramáticas de Moreto y las formas de la sociedad moderna, y concebimos que ha de llegar un dia de gloria para el teatro español en que sacudiendo los grillos extranjeros, haga, entrar el ingenio al arte regenerado en la anchísima escena de Calderon y de Lope.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.

(Conclusion. (1)

II.

Pasaron algunos momentos de angustiosa incertidumbre: parecia un sueño lo que sucedia: inmóvil el mayoral en su asiento, parado el zagal junto á las

mulas, apiñados nosotros en el coche, nada venia á sacarnos de la inercia estúpida en que yacíamos: algunas palabras oí confusamente que iban dirigidas al conductor: volvió el carruaje á moverse y nos apartamos del camino real para entrar en un olivar espesísimo, cortado por zanja que teníamos que rodear. Nadie hablaba: Concha estaba pegada á mi brazo que apretaba de cuando en cuando con movimiento convulsivo: Antonia sollozaba en silencio: mi hermano miraba inquieto á todas partes. Seguimos nuestra incierta ruta sin parar durante media hora: la luna habia perdido su luz ante los primeros rayos de la aurora naciente, y su pálido resplandor venia á iluminar los bultos de los ladrones que acompañaban en dos filas el coche. Sin saber qué seria de nuestra suerte, sin armas con que defendernos, mi hermano y yo nos mirábamos en la mayor incertidumbre, temblando, no por nosotros, sino por la suerte de nuestras infelices compañeras.—¡A parar! gritó clara y distinta una voz áspera y desagradable: detuvieronse las mulas: saltó á tierra el mayoral, y despues de algunos instantes, abrióse la portezuela y asomó la cabeza feroz de un bandolero. Su sombrero caido sobre sus torvos ojos, su desaliñada y crecida barba, la espresion estúpida de su semblante nos causaroa funesta impresion. ¡Vayan bajando uno á uno! dijo arrugando las cejas: yo bajé el primero, y en el momento me cogieron dos ladrones y con las sogas de la zaga me ataron á un olivo; á mi lado estaba tambien amarrado el infeliz mayoral, que, como acostumbrado á semejantes lances, manifestaba la mas completa indiferencia: el zagal hablaba familiarmente con los bandidos y en su intimidad se conocia que habian obrado de acuerdo.—Saltó del coche la criada, y fue á parar entre aquella gente que la recibió con indecentes bromas: la infeliz muchacha se echó á llorar, pero cada vez redoblaba la algazara. Mi hermano miraba aquella escena desde la

(1) Véase nuestro número anterior.

portezuela del coche; lo que veía era un anuncio de la suerte que aguardaba á su mujer: sus ojos se encendían en cólera y sus labios se pusieron blancos como la cal.—¿No baja V. caballero? le gritó con aspereza el ladrón de la fea catadura.—Mi hermano bajó, pero al intentar amarrarlo empezó á luchar con desesperación ¡ola! ¿se resiste este gallito? dijo el bandolero, y levantando el trabuco pegó con la culata un golpe tal sobre la espalda de mi hermano que cayó de boca en tierra.—Al punto le agarraron y apretaron los cordeles entre sus brazos y un olivo.

En aquel momento sentí una angustia horrible en el corazón: la vista de mi hermano atado en frente de mí, con la cabeza caída sobre el pecho, el aspecto de aquella gente apiñada junto á la portezuela para ver bajar á mi cuñada, el vago presentimiento de una suerte horrible me hicieron temblar é irritarme á la vez. Hubiera dado la mitad de mi vida por estar libre con un puñal en aquel momento: pero aunque probaba el romper mis ligaduras las sentía mas apretadas á cada esfuerzo que hacía. Concha bajó medio muerta, pero al ver á su marido prorrumpió en gritos y en lamentos.—¡Calle V. le dijo un bandolero tirándole del brazo: entonces se sentó en un surco y, con la cabeza entre sus manos, se puso á llorar amargamente. Antonia, pálida como la muerte, se arrojó á su lado. El dolor hacía entonces interesantes á las dos hermanas: los ladrones las miraban inmóviles y casi penetrados de compasión: pero el bandolero de mal gesto los reunió para descargar el coche.—¡Vamos trabajando y silencio! dijo sin volverse siquiera á mirarnos.—Señó Luque, dijo uno de la partida encarándose con él ¿no sería bueno que saliese alguno á esperar al capitán?—¿Para qué? respondió: José María no ha de venir ya hoy y yo creo que se ha ido á vivir de otra manera: hace algunos días que no parece: ¿no estáis contentos conmigo, muchachos?—Si señó, gritó

un ladrón chico y grueso: vd. nos dá mas vino que el capitán, y ya se vá viviendo; vd. es el segundo, y ya se vé toftos le obedecemos sin decir esta boca es mía.—La respuesta no debió agradar mucho á los bandoleros porque quedaron en silencio sin responder nada á la interpelación de señó Luque.

Los baules sacados del coche estaban ya en el suelo: la ropa blanca, los trages, nuestra ropa rodaban en confusion: cada uno tomaba lo que mejor le parecia y lo apartaba en un monton distinto del de lo demas. En un rincon del coche habia una canasta con botellas de vino de Montilla, regalo que pensaba hacer en Cádiz mi cuñada; pronto fué descubierta; y con los restos de un jamon, con un poco de pan y frutas que era nuestro repuesto, se improvisó un almuerzo entre aquella gente desalmada. Destapáronse botellas sobre botellas: el señó Luque escitaba á sus compañeros que bebían desmedidamente: los brindis mas obscenos se repetían en la reunion: los labios de mi hermano temblaban en convulsion continua, única señal de vida que daba. Yo entretanto habia recobrado mi serenidad y calculaba á sangre fria: me era imposible concebir como podia ser aquella la partida de José María, cuya disciplina y dulzura se encomiaba por todas partes: si miraba la fisonomía de los bandoleros veía generalmente caras de contrabandistas atrevidas y francas, aunque ya trastornadas por la borrachera: pero la traza del señó Luque, sus torvas miradas me hacían estremecer. Por otra parte, yo no comprendía como teniendo tan cerca á los soldados del regimiento del Príncipe, se entretenían los ladrones con tanta calma.—Los nuevos brindis que resonaban junto á mí me distrajerón de estos pensamientos: advertí entonces que todas las miradas de aquella gente ebria se fijaban en mis cuñadas: un sudor frío corrió por mi cuerpo cuando vi levantarse á los bandoleros. Alce vd. esa frente, niña, dijo Luque agarrando por la barba á la asustada Concha. Venga vd!

conmigo, gritó otro á su llorosa hermana.

¡Quieto todo el mundo! exclamó un ladrón jóven y de resuelta fisonomía: no es justo que el segundo ni Perico nos dejen á nosotros sin hacernos caso: echemos á la suerte las señoras, y á quien Dios se la dé san Pedro se la bendiga.

—Al as de oros, dijo uno de ellos, y sacando de su chaqueta una baraja mugrienta empezó á repartir cartas. No sé si fué casualidad ó artificio pero los dos agraciados fueron el señó Luque y el mismo Pedro que se habia acercado á Antonia de antemano.—Mi hermano entretanto bramaba de rabia: su boca arrojaba espuma hasta que, sofocado, dejó caer sin fuerzas su cabeza. El señó Luque y su compañero se dirigieron hácia las hermanas, quienes llorando resistian el contacto de sus manos impuras. La lucha duró por algun tiempo: Luque arrancó el pañuelo de la espalda de Concha, dejando descubierto su pecho que inflamó mas su lúbrico apetito: las fuerzas de mi cuñada se agitaban en combate tan desigual; las pisadas lejanas de un caballo interrumpieron por un momento á los bandoleros; hasta que al fin cansados de tanta resistencia sacaron sus pañuelos para sujetarlas: la sangre abrasaba mis venas y se agolpaba á mis ojos: Concha y Antonia iban á caer desmayadas en los brazos de los dos bandidos, cuando se oyó un silvido cercano y en el mismo momento apareció un nuevo personage en la escena. Todos quedaron en silencio y confundidos á su vista: él se adelantó rápidamente y agarrando al gigantesco Luque por la faja le arrojó violentamente á un lado. ¡El capitán! ¡el capitán! repitieron con alborozo los ladrones: ¡señó José María! le gritaron algunos con ternura cercándole en derredor.—Yo pronto le reconocí: era el corredor de trigo que encontramos en el Carpio: Juan Serrano era José María.

Parecia en aquel momento un general irritado mas bien que un capitán de bandoleros: apartó con los pies los restos de las botellas y las ropas esparci-

das por tierra: miró en torno de sí y nos vió atados: volvió su vista á Concha y una espresion de tristeza pasó por su semblante: sus ojos se clavaron luego sobre Luque que le devolvió sus miradas con altanería.—¿Es esto lo que yo te encargué? le dijo temblando de cólera: la partida de José María no viola mugeres ni maltrata á los hombres: si nos hemos echado al camino ha sido para vivir, pero no para hacer daño. Yo te conozco y te sigo hace tiempo, Curro; yo sé que á estas horas tienes una promesa de indulto en la faldriquera, pero no te escaparás. Has emborrachado á estos muchachos para que cometan crímenes y los ahorquen despues. Veo que no has contado conmigo. Hizo una seña y los bandoleros rodearon á Luque; este empuñó su trabuco, pero la mano de José María le agarró antes de que le apuntase: con una celeridad increíble sacó de la faja su cuchillo de monte, y antes de que pudiese acudir ninguno de los bandoleros lo habia hundido tres veces en el corazon del bandido traidor. Luque cayó en tierra murmurando maldiciones, y el silencio mas profundo sucedió á su muerte.

¡Cobardes! dijo el capitán limpiando lentamente la sangre que goteaba del acero con su pañuelo de batista: ¿os entreteniais asi en mi ausencia? Ganas me dan de abandonaros á los soldados que llegan. Efectivamente oíase aunque lejano, el paso de una partida de caballería—Vamos continuó: todo el mundo vá á devolver lo que ha tomado: quien oculte una cinta siquiera se las habrá conmigo: ¡á llenar pronto los baules! Sin un murmullo, sin la menor señal de descontento, empezaron aquellos mismos hombres, que nos hubieran asesinado antes, á volver á la zaga del coche las maletas y baules que habian bajado: mas ó menos estropeados volvieron todos los objetos á su sitio: y esto se hacia entre el temor que la llegada de los soldados causaba á los bandoleros.

¡Que desaten á esa gente! gritó José

Maria: en el momento nos vimos libres; mi hermano y mi cuñada se estrecharon llorando en los brazos el uno del otro; el capitán se acercó—Es tarde, el tiempo vuela, dijo: es necesario marchar: pido á ustedes mil perdones por la conducta de esta jente: siempre se han portado bien estos muchachos, pero ese infame, añadió señalando al cadáver del Luque, los perdía.

Un grito de satisfacción entre los bandoleros acompañó estas palabras.—¡A caballo! ¡tomad por el atajo y esperadme en los cortijos de Deza! clamó con imperiosa voz José María: ya era tiempo, el ruido de la partida de caballería estaba cada vez mas cercano: pero los ladrones no querían dejar solo á su capitán: pronto, gritó este, nadie me siga: yo estoy seguro, y señaló con gesto imperioso la ruta con la mano: nadie vaciló ya: los bandoleros se perdieron á escape en el olivar. En el calor de nuestro reconocimiento le hicimos mil instancias para que se pudiese en salvo. No hay cuidado, nos dijo sonriéndose; y montando á caballo, siguió al estribo del carruaje, distrayendo con atentas palabras las terribles emociones que nos agitaban todavía.

Pocos minutos habríamos andado cuando nos hallamos con el valiente capitán Comares. Un aperador que á la sazón pasaba le contó que nos había visto entrar de un modo sospechoso en el olivar: dijimosle que nos habían asaltado tres rateros; pero que la valentía del corredor de trigo había matado á uno y ahuyentado á los otros: Don Roque tendió la mano á nuestro libertador y envió dos soldados por el cadáver de Luque para presentarlo en el pueblo.—¿Y por donde tiraron? preguntó ansioso Comares: ¡por allí! gritó el bandolero y señaló el lado opuesto al de la retirada de la cuadrilla.—¡Vamos por ellos, muchachos! gritó Don Roque á sus soldados y despidiéndose de nosotros, metió espuelas á su caballo para internarse en el olivar.

No hay cuidado alguno ya, nos dijo José María: queden vds. con Dios y

dispensen lo mucho que han sufrido hoy. Ninguna de nuestras ofertas fué admitida.—Algun día nos veremos con mas tranquilidad, nos dijo, y tendiéndonos la mano que estrechamos con ternura, volvió las riendas de su jaca cordobesa y desapareció á galope por el camino.

Felizmente llegamos á Ecija: mi hermano y mi cuñada estuvieron al mismo tiempo en la cama, enfermos de las espantosas impresiones de aquel día: fuimos á Cádiz, y aun en medio de la completa felicidad que gozaba, se estremecía Concha al oír hablar de ladrones: temblaba también la atolondrada Antonia, pero suspiraba sin querer al acordarse de la buena traza y generosidad de José María.

JUAN MANUEL DE AZARA.

LOS QUE SE DICEN FASTIDIADOS.

Cuando se padece sin acertar la causa, cuando no hay motivo existente que nos alije y sentimos con un insondable y vago pesar; ¿será que el espíritu recae mal convalecido aun de las enfermedades que sufrió? ¿Será que el alma una vez contagiada por el veneno de la experiencia no convalece jamás?

¡Ah! el alma sin lágrimas, ni acento refleja aunque pálidamente la espresion de su inocente sentir en los ojos y en los labios del hombre jóven: pero cuando uno queda en hombre nada mas, el alma entonces mas sublime que nunca, sigilosa, replégase á padecer en sí misma y allá desde el último recinto de la vida apenas manda vigor á los miembros y una lánguida vibración á los sentidos que apáticos al parecer sufren intensamente doloridos.

En estos casos la memoria obra una acción espontánea, errante y lastimadora; y ni el entendimiento ni la voluntad intervienen al parecer en sus fun-

ciones: ondula el espíritu incierto en la turbia región del sentimiento y su instintiva tendencia es á desertar del cuerpo, que como fétido calabozo corrompió su pureza.

Hay quien cuenta treinta años y sus amigos al mirarlo acometido de la melancolía le preguntan que tiene.—*¡Treinta años!* quisiera responder con la energía de la amargura, y que le dejarán luego de haberle comprendido; pero necesita apelar á otra fórmula tan breve y mas reconocida y por eso sus labios contestan: *estoy fastidiado*.

Quien así se espresa atravesó los pórticos magníficos que conducen al alcázar fantástico del amor y huyó de este, y sin volver por aquellos huyó avergonzado y reo de su propio corazón, prófugo y escondido por el estrecho pasadizo del desengaño dejando atrás un suspiro.

La muger puede serle una vida entera y fué solo un accidente de su vida, como la fiebre ó los perfumes.

El alma varonil desdén de la frecuencia las débiles pláticas del alma de la muger.

La afinidad, el amor, el consorcio de los dos sexos es puramente nervioso; el sentimiento nervioso es el mundo de la muger: mas el hombre hecho filósofo ama los ángeles y por eso encuentra hastío en la realidad mas depurada del amor sobre la tierra.

En cierto periodo de la edad la creación es monótona, sus repetidos fenómenos siempre los mismos, la amistad recelosa y falaz como el amor, la acción del cuerpo, camina lenta y á remolque de los sentidos impetuosos, el porvenir se desmenua hoja tras hoja, como un drama trágico cuyo fin nos es conocido y el recuerdo de la muerte que cuando acude anticipadamente nos asusta, llegan momentos y tiempo en que se hace natural y grato, conducidos á el como vamos por la lógica del sentimiento que nos lleva hoja tras hoja, jornada tras de jornada.

La idea del suicidio acude con frecuencia al *fastidiado*, que la mira como

la inspiración de la epopeya del sentimiento individual; pero no suele matarse y muchas veces tan solo se lo estorba la pereza.

Hasta aquí la consideración psicológica, bajo cuyo aspecto el hombre se ofrece con toda la desgracia de la racionalidad encima y nos despierta á la par que la compasión un lejano recuerdo del ángel caído. Mas no así sucede visto el *fastidiado* á la luz de sus acciones estereotipadas con relación á la sociedad; bajo de esta apariencia se nos presenta como un tiranuelo ridículo y nada mas.

Las víctimas de los *fastidiados* son: la muger que obsequia, los cigarros que abrasa y el caballo que fatiga: la muger á poca percepción que tenga, conoce el sintoma que prevalece en el tirón que da el *fastidiado* á la campañilla y se previene por amor propio á dominar la apatía del amante.

Este suele no saludarla siquiera y se deja caer en la primera butaca, como un descoyuntado recién salido del tormento.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Te ha sucedido algo, bien mío?

—No.

—Te incomoda venir á verme?

—No.

—¿No me quieres?

—Sí.

—Pues dime por Dios, que es lo que tienes?

—*Estoy fastidiado*.

Esto para dicho á una muger es menos todavía que no darle respuesta y la pobrecilla empeña sus caricias en un desigual combate con la inercia.

Saca las mas escondidas fuerzas del finjimiento y del amor verdadero; el arte y la naturaleza estan en acción hasta que las lágrimas asoman á los párpados, anunciando la derrota del sexo débil; y el *descoyuntado* las mira correr como gotitas de agua y saca la petaca.

Va que á la pobre amante le hume-

deció el rostro, al cigarro le quema la punta y una atmósfera de humo espelido con flojedad distrae su vista desmayada y torpe, sin ver en las flotantes cintas y voluptuosas ondulaciones del cáustico vapor ni las divinas bou-ris, ni los encantos celestiales que el Turco reposado en su otomana de plumas mira danzar en torno de su pipa de ámbar, con los ojos cargados de ópio y llena el alma de la fè del Corán.

El *fastidiado* no ve otra cosa que humo que se desvanece, y aun no se sabe si se desvanece, porque ante todas cosas es escéptico.

Aquel cigarro se consume y semeja-te al Fenix de los poetas, en su último fuego se enciende otro que no da mas ni menos resultado que el anterior.... la dama está en frente y por todo incienso recibe humo de tabaco habano. De allí á una hora ya por último el *descoyuntado* cobra energía y pegando un portazo sale sin despedirse en busca de su caballo.

Este animal conoce con quien se las ha de haber mejor que la mujer amante y apenas siente oprimirse los lomos, que sale bruscamente á escape y el *descoyuntado* se deja llevar cuidando un tanto de no romperse la cabeza.

Avanza y adelante, adelante y avanza camino del canal y cuesta abajo.

La postura de equitacion mas abandonada que la seguridad, espantado el caballo y los faldones de la levita al viento revolados, va el *fastidiado* puntos menos que Macepa hasta que rompe en sudor, ó duelenle las piernas, ó la cintura le punza con un dolorcillo realmente fastidioso, que entonces cobra de las riendas su caballo, da una cambiada y se encamina al Prado, desvanecidos ya en parte los foscos nubarrones que de *hombre elegante* lo redujeron á *deplorable fastidiado*. Al llegar á la *puerta de Atocha* se encuentra ya casi hecho un *ecs*, merced á su caballo cortesano y llega haciendo corbetas y dando escarceos no con menos ufanía, que si del entrado campo ene-

migo tornara con la doncella rescatada, alta en la grupa y pendiente al colon de su hacanea la cabeza del Geque ó del Pheri.

Mira entonces á las desgajadas carretelas y saluda, examina los coches misteriosos y sonríe.

Llegado que es á la mayor afluencia del paseo, se encuentra completamente *ecs-fastidiado*: la muda reciprocidad entre él y su caballo le es insuficiente y lo abandona; porque necesita hablar al alma, agitando el ageno y el propio corazon en su provecho.

Solicito discurre de alto á bajo en busca de su *muy amada*; si la encuentra es felicísimo; sino regala á otra aquel prevenido depósito de galante rendimiento que no quiere escasearse á sí mismo.

¡Oh mis tiernecillas é inocentes lectoras! Los alhagos, las alabanzas, fiestas y caricias del hombre de treinta años, que suele abatir la frente diciendo á vuestra amante *solicitud estoy fastidiado*, no las tomeis como un valor corriente en el mercado de amor; que sus alhagos, sus alabanzas, fiestas y caricias, son como la moneda que dá el diablo, que es moneda, pero moneda falsa.

Cuéntase, no recuerdo de que tirano de la antigüedad, que á ratos como un niño jugaba con su perro... no, hermosas de las lágrimas encantadas, no hace mas que una cosa parecida con la muger que medio ama, aquel que responde *estoy fastidiado*.

Si esto os basta, nada os digo; pero si lo mirais con pena y la pasión os somete, el único remedio que os queda es llorar, porque el *tiranuelo fastidiado* no hace otra cosa que *divertirse con su perro*.

A. ROS DE OLANO.

Lázaro

O EL PASTOR DE FLORENCIA.

DRAMA TRADUCIDO DEL FRANCÉS (1).

Este es un drama romántico en toda la estension de la palabra; de aquellos dramas románticos antiguos de puñales y venenos que hace mucho tiempo no ocupaban la atencion del público: su autor es M. Bouchardy, el mismo que hace dos años, dió tanto ruido con el Campanero de San Pablo que tradujo en español D. Eugenio Ochoa. La escena pasa en Florencia y es un episodio de las guerras civiles de Toscana: como ya han adivinado nuestros lectores, hay Médicis de por medio: Cosme desterrado por la aristocrácia florentina triunfa al fin de la bulliciosa nobleza; pero no es él quien ocupa el drama. Hay un hijo ilegítimo que es capitán y no es reconocido hasta el desenlace: hay un bravo veneciano

asesino y asesinado: hay un jóven que muere en el proscenio defendiendo á su bienhechor: hay una madre casada con el duque que vé á su hijo en secreto: hay un Médicis primo de Cosme que es la personificación de las mas atroces maldad: hay un llamado pastor que se finje mudo durante quince años para vengarse de su perseguidor: hay un infame esbirro y un desalmado confidente; y peleas y disfraces y puñaladas y envenenamientos y barcas en el rio, y todos los recursos dramáticos exagerados del ex-moderno gusto. *Lázaro* tiene mas de un punto de semejanza con *Margarita de Borgoña*: sea imitacion, casualidad ó reminiscencia hay toques de este en aquel drama.

Sin embargo, justo es decir que á pesar de la monstruosidad del argumento, hay valentia en la pintura: son pinceladas sin delicadeza, chillantes, pero de efecto: la pieza interesa hasta el fin, sobre todo á nosotros que estamos acostumbrados al entrar en el teatro, á meternos el buen sentido en el bolsillo en vez del antejo.

La ejecucion fue esmerada por parte de casi todos los actores.

(1) Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el sábado 13 de marzo.

POESIA.

Introduccion de un poema

Á LA GUERRA DE ORIENTE.

JULIO DE 1839.

¿Cuál en los áureos climas que la aurora
Con su primera exalacion encanta,
Estremeciendo el mundo, se levanta,
Decid, decid, insólito rumor?
Cual del Indo al Eufrates, de las cumbres
Del Libano sagrado giganteas

Retumba en las Pirámides Níleas
 Voz de exterminio, acento de terror?
 ¿Qué tempestad los misteriosos ríos,
 Que nubes ¡ay! los valles enlutaron,
 Donde su blandia grey apacentaron
 Los hijos patriarcales de Abraham?
 ¿Por qué á las puertas del harem resuena
 El relincho del árabe caballo,
 Y abundando el polvo con el ferreo callo,
 Llama á la guerra al héroe musulmán?
 ¿Son otra vez los sacrosantos días
 Que á su planta Israel, Dios en la cumbre,
 Ancha aureola de celeste lumbre
 Coronaba de gloria el Snai?
 ¿O en que abriendo y cerrándose los mares,
 Cual la palma de un hombre, en su hondo seno,
 Retumbó del Señor la voz de trueno
 Y dijo á Faraon: «yo estoy aquí?»
 ¿Se ha alzado otra Babel, y para alzarse
 Los montes hacinó sobre los montes,
 Y del mundo llenó los horizontes,
 Sombreado con su mole la extension?
 ¿Ha vuelto á levantarse Babilonia,
 Y á sembrar en sus torpes liviandades
 Con palacios mayores que ciudades,
 Del profanado Eufrates la region?
 ¿Es Dios, es Dios, que sorprendió á los pueblos
 En el festin del crimen y el pecado,
 Y el torrente soltó de fuego alado,
 Que en ceniza los torney vanidad?
 ¡Qué voz! ¡qué horrenda voz...! ¿Será Isaías...?
 «¡Ay de los pueblos que el Señor maldijo!»
 La madre estrecha en su regazo al hijo,
 Y en su dolor le anuncia la horfandad.
 ¡Asia! ¡Pátria común! Cuna del mundo!
 ¡Profetiza inmortal de las naciones!
 ¿Quién desgarró tus blancos pabellones?
 ¿Quién tu guirnalda con su aliento ajó?
 Puso el Señor sobre tu frente excelsa
 ¡Asia inmortal! sus manos inmortales:
 De la luz del Edem los manantiales
 A tu regazo inmaculado abrió.
 El mundo fué. Del primitivo caos
 El gran principio se alanzó fecundo:
 Dios empezó por tí la obra del mundo,
 Y aplacióse en tu hechura su deidad.
 En tí brotó la primordial semilla,
 Que mordió la serpiente del pecado.
 ¡Árbol de vida que la muerte ha dado,
 Y debió cobijar la humanidad!



El mal su sombra fué: pero á su sombra
Revolaba un espíritu divino;
Y bajó de los cielos el destino,
Y una voz dijo al hombre: «por aquí.»

El canto oscuro del primer profeta
Aun resuena del mundo en la memoria,
Y el mundo vuelve, al recordar su historia,
Llena su faz de admiración á ti.

La religión con sus altares de oro,
Con su arpa omnipotente la poesía,
Cuanto el mortal divinizaba un día,
Dogma, belleza, tradición, verdad;

Todo fué tuyo. Un siglo y otro siglo
Amasó los magníficos cimientos:
En tí vertió su mundo de portentos
El genio de la osada humanidad.

Yo sobre el libro de oro de tu historia
; Madre del hombre! en mi niñez dormía,
Y en mi entusiasmo y mi ilusión sentía
Los siglos palpar bajo mi sien.

Yo he visto en los abismos y en los cielos
El surco eterno de tu huella ardiente;
De combates sin fin largo torrente
Cauces de sangre abrir en el Eden.

He visto arder y consumirse á Troya
De la Europa invasora al lento fuego;
Rodar el carro del terrible griego
Sobre el cadáver de la antigua Ilion.

Seguí á Alejandro que hacia tí llevaba
El azote fatal de sus conquistas;
Volaron tus imperios, como aristas,
Al soplo del altivo Macedon.

Mahomet tendió sus brazos á tus tronos,
Como á las presas fáciles las fieras
Cual las sierpes de Libia á las palmeras,
Cual rayo al cedro, como tromba al mar.

Y has escuchado tú cien Tamorlanes
A sus hordas gritar de hambrientas hienas;
«No lleveis armas, no; llevad cadenas,
«Con que á esos pueblos sin coraje atar.

Tú que despues te fuiste adormeciendo
Bajo el laurel de tus brillantes siglos,
Y dejaste pasar, como vestiglos,
Los genios de tu gloria y tu ambición;

Tú, que arrojando el libro de tu historia
A los pies de tus bárbaras legiones,
Olvidaste en el ocio tus blasones,
Como Dios en su tumba á Faraon;

Tú que en mal hora recordaste un día
Que el primitivo Eden brilló en tu seno,

Que de ventura y de inocencia lleno
Se alzó aquel mundo inmaculado en ti;

Y las sombras dolientes evocando
Del bien perdido en cuyo afán te inquietas,
Junto al ara que alzaron los profetas,
Del placer te entregaste al frenesí;

Tú de afeites sórdidos unjida,
Sierva infeliz y adúltera sultana,
Ni en la noche ¡Asia infiel! ni en la mañana
Vuelves al cielo en oración tu voz;

Y el alma entre pereza y el sentido

Envuelto por las mirras de tu suelo,

¡Hija del cielo! abandonaste al cielo,

¡De tu Dios primojénita! á tu Dios;

¡Esposa del infiel! ¿porqué del lecho

De tus blandos placeres te levantas?

¿Por qué los que á tus pechos amamantas,

Leones del desierto de Ismael,

Por qué afilan sus garras carniceras

De Abraham en la santa sepultura?

¿Porqué suena tu bélica armadura,

Brilla tu alfange y salta tu corcel?

Tus montes han temblado. El nubló oculta

Tu inmóvil sien de sempiternos hielos:

Llevando entre sus garras los hijuelos,

El águila del Líbano voló.

Sangre vuelcan las fuentes de tus ríos;

Tus cavernas se cubren de vapores;

Sobre el manto esplendente de tus flores

Honda esterilidad se recostó.

Del antro oscuro en que los siglos yacen

Sellados ya con sempiterno olvido,

Alzaron sobre el seno estremecido

Tigris y Eufrates la violenta sien;

Y estendieron los brazos; y las aguas

Movieron en sus fuentes perennes;

Turgente el cauce vomitó raudales;

Bagdad la santa retembló al vaiven.

Y allá dó el Ganjes sus torrentes claros

Bajo un dosel de témpanos sepulta,

Donde en la sombra del misterio oculta

A los ojos mortales su deidad;

En el silencio de la noche vaga

Hondo clamor de horrenda profecía;

Chocar de haces y de armas, y agonía,

Voz de exterminio en son de tempestad.

¡Asia! ¿Que es esto, dí? Tú has escuchado

La trompa de los célicos querubes:

Tú has oído rodar sobre las nubes

El flamíjero carro del Señor.

El dedo augusto que la muerte escribe,
Te selló con el seno del infierno;
El manto de las iras del Eterno
Arde tu seno en fuego abrasador.
¿Temes al Dios que abominaste? ¿Temes
Que se abra el cielo sobre tí? ¡La guerra!!!!
Oprimid con ejércitos la tierra
¡Hijos, los que aun lo sois, del Alcoran!
Concited el riesgo á las guerreras tribus
Y aguarden los decretos del destino;
Que ajite un Soliman ó un Saladino
La raza fiera del soberbio Islam.

Y ore el iman en la mezquita, y llamen
A la oracion postrera los muezzines:
Que retumbe del Asia en los confines
¡Arma, guerreros! ¡Fieles, religion!

La fé en el corazon, la cruz al pecho,
La cristiandad en Palestina impera:
Vuelve á clavar la cristiandad entera
En la tumba de Cristo su pendon.

Romped la losa, levantaos ¡profetas!
¡Virgenes de Salem! templad la lira.
El ángel que en el Gólgota suspira,
Las alas tiende á la feliz señal.

Torna á lucir de la nacion cristiana
El claro sol en su fulgente cuna.
Arden ¡rayos de Dios! la media-luna
Caña será que tronche el vendabal.

Y otra vez y otra vez.... ¡ay! que perdieron
Su calor celestial los corazones:
Impulso de magnánimas pasiones,
No hay ya en el alma de los pueblos fé.

El jénio escelso de la antigua Europa
En el Jordan se bautizó dos veces:
Hoy va á agotar de su vivir las heces,
Y olvida ya que Jesucristo fué.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.